

El moderantismo de la Iglesia

UNAS declaraciones del cardenal arzobispo de Madrid, monseñor Tarancón, en Televisión Española, acerca del sínodo de los obispos en Roma, se convirtieron rápidamente en declaraciones políticas, a pesar de la insistencia del declarante en que la Iglesia es ajena a la política. La realidad es que dos mil años de intervención política, sobre todo los mil quinientos largos que transcurren a partir del Edicto de Milán y el posterior Imperio de Occidente hasta nuestros mismos días no se borran con una frase. Las mismas formas del cambio social de nuestros días que trata de asumir la Iglesia son un hecho político, y de primera magnitud. Dentro de esta línea política, es muy destacable el moderantismo de monseñor Tarancón, en asuntos sobre los que la Iglesia se había mostrado intransigente, uniendo su cuerpo de fe al cuerpo políti-

co de las naciones que lo asumían: Con respecto al tema del erotismo y a la pornografía:

"Al fin se han de respetar la voluntad y la libertad de los hombres, pero con una moderación". Propone simplemente que se restrinja su publicidad (como ya ha hecho el Estado por su cuenta, coincidiendo una vez más) por respeto a niños y adolescentes. Y con respecto al divorcio y a la despenalización del adulterio, "la Iglesia no se mete en la legislación civil, tiene su propio campo". En realidad, cuando hubo un Estado duro y represivo hubo una Iglesia represiva y dura. Cuando hay un Estado liberal, hay una Iglesia liberal. ¿O es al revés? El hecho es que las formas de adhesión al poder se siguen produciendo, y el moderantismo del señor Tarancón responde muy adecuadamente al del señor Suárez. Y al del Jefe del Estado. ■



LOS
CoNTEM
poRa
nEoS

SIEMPRE HABRÁ POBRES Y RICOS

A insistencia del presidente Suárez en que hay que ahorrar tiene muy inquietos a los ricos. A los pobres, naturalmente, no les afecta. Una vez más las clases menesterosas han salido favorecidas por la política económica del Gobierno. Con sus sueldecitos recortaditos, el problema está en cómo llegar a fin de mes, y nunca en cómo ahorrar unos excedentes que no existen. Hace años un millonario me decía, en el salón de su yate: "Si los pobres supieran lo mal que vivimos los ricos, no querrían serlo nunca y nos compadecerían". Le sugerí que salieran en manifestación por los barrios de chabolas con unas pancartas: "¡Queremos ser pobres!". A aquel desgraciado tenía preocupaciones por sus fábricas, por rehuir los impuestos, por alimentar y enjorajar mujeres. Y recordaba la maravillosamente inventada parábola del hombre feliz: no tenía camisa. Los millonarios en cambio tienen muchas camisas, lo cual les obliga a mantener servicio para lavarlas y plancharlas, y a la molesta tarea de cambiarse frecuentemente de camisa. En un sentido real.

Un joven reportero me contó una vez que se acercó a Barbara Hutton y comenzó su entrevista con estas piadosas palabras: "Señora, ya sé que el dinero no hace la felicidad...". La que entonces era considerada como la mujer más rica del mundo le interrumpió: "¿Quién le ha dicho a usted esa tontería, muchacho?". Pero alguien más pensaba como el muchacho: los herederos y familiares de Barbara Hutton, que estaban desesperados porque ella se gastaba el dinero en ser feliz, en lugar de invertirlo en sus negocios —los almacenes Woolworth—. La pusieron pleito por pródiga. Con lo cual consiguieron reintegrarla al mundo de los ricos desgraciados. Problema que no sucedería a las chicas empleadas en sus almacenes. Nadie pensó nunca en declararlas pródigas. Y cuando se iban a sus zahurdas con los pies destrozados después de ocho horas en la tienda, sólo encontrarían un padre alcohólico, un hermano sin trabajo y a veces un hijo natural. La agradable y divertida vida del pobre, llena de aventuras y siempre con la estupenda inquietud de cómo terminar el fin de mes.

A la desventurada vida de los ricos españoles se une ahora esta preocupación por el ahorro. Tienen que ahorrar para salvar a España. Tienen que gastar menos. Pero, ¿qué hacer con el dinero que les sobra? La Bolsa es una pérdida, los chalets van a estar gravados por el impuesto sobre el patrimonio, las joyas se las pueden robar, las cuentas corrientes ya no son secretas.

Los ricos beben Chivas para olvidar. Los ricos han llegado a pensar en dejar todo su dinero a los pobres, para que vean lo que es bueno. Pero esta terrible amenaza no la cumplen: no son tan malvados como para eso. Sé de alguno que ha llamado a su administrador para decirle: "Pepe, este mes ahorreme usted algo... Lo que a usted le parezca suficiente para ayudar a salvar al país...". Algún otro se ha comprado una hucha de barro en una cacharrería, no sin quejarse de su precio, y deja todos los días las monedas que ahorra de las propinas: ya no las da, porque hay que ahorrar. Hay que restringir los gastos superfluos. ¿Y qué más superfluo que una propina?

No saben los pobres de lo que se han librado. Como siempre. El horrible peso de la riqueza. La maldición de Creso, el espantoso destino del Rey Midas: toda una gran literatura de la derecha se lo está diciendo desde hace siglos. Los pobres son tozudos: no acaban de creérselo. ■

POZUELO